

TRES VALLES: PUEBLO APACIBLE Y FICTICIO DE LA CARRETERA DE LA SIERRA

Tres Valles, nombre adoptado del apellido de su primer vecino, era un pequeño y tranquilo pueblo perdido en lo más profundo y alto de la sierra de Granada.

Tan perdido estaba que la mayoría de los vecinos de los otros pueblos de la provincia, casi la mayoría, habían cambiado su nombre, llamándole despectivamente “el quinto coño”, nombre que molestaba mucho a los vecinos de Tres Valles, y que hacía mención al dicho popular que se utilizaba para decir que algo estaba situado muy lejos.

Debido a su más que complicado acceso era poco visitado por turistas o extraños, a pesar de su magnífica temperatura y de sus excelentes productos provenientes del cerdo.

A decir verdad, para la gran mayoría de los vecinos era algo reconfortante no encontrar por sus calles a gentes extrañas llegadas de la ciudad en sus vetustos y ruidosos coches, como sucedía en otros pueblos de los alrededores.

La única carretera que les unía al resto de la civilización era de tierra rojiza, generalmente embarrada, y estaba sembrada de piedras, cardos y otras hierbas irreconocibles que cruzaban el ancho del camino hasta que la propia naturaleza se encargaba de cortarles el paso.

El camino no medía más de dos metros de ancho, y había tramos en los que se estrechaba considerablemente, haciendo casi imposible la circulación de dos autos al mismo tiempo.

Era Miguel, conocido como el “azadaapilas”, el encargado de arreglar el camino, y siempre lo hacía acompañado de su vieja motocicleta roja a la que llamaban mosquito.

Después de un largo trayecto aparecía el pueblo blanco, tras una empinada cuesta de elevado porcentaje, que nadie sabía calcular.

Bajando suavemente aparecía una amplia explanada redonda que utilizaban de era, y por el medio cruzaba el pequeño camino que moría en las primeras casas del mismo pueblo.

Sus casas tenían fachadas blancas e inmaculadas, y tejados rojizos manchados de musgo. En total habría no más de cincuenta para los pocos más de cien habitantes que allí moraban.

A pesar de la sencillez de sus edificios y la estrechez de sus calles, su iglesia era de las más lujosas de todas y cuantas había por la comarca, y casi de la provincia.

La imagen de la Virgen de Pascua, una talla de madera ennegrecida que encontraron unos pastores en el riachuelo cercano al pueblo, hacía ya más de doscientos años, era conocida en toda la provincia.

No eran pocos, a pesar de la dificultad para llegar hasta allí y de la fría climatología, los turistas que acudían a sus fiestas, organizadas por todo el pueblo una semana después de las fiestas de Navidad.

Ese era el único día del año en que Tres Valles se vestía de fiesta.

Ni siquiera los Domingos, ni la Navidad, ni el mismo día de Año Nuevo eran fechas especiales en ese trabajador pueblo que vivía de sus campos, a los que no se podía descuidar un solo día.

Tres Valles era un pueblo tranquilo, silencioso y trabajador, y sus noches eran tan tranquilas como las calmadas aguas de su lago.

Durante el día las calles también permanecían en silencio pues la gente no salía de sus casas más que para trabajar o para acudir al supermercado a comprar.

Las calles del pueblo eran bien estrechas, de apenas tres metros de distancia entre puerta y puerta, y adoquinadas con piedras irregulares y redondeadas por el paso del tiempo y del agua.

Unas empezaban y otras terminaban en cuesta por la ubicación del pueblo en medio de un pronunciado risco.

Todas – eso sí - nacían en la plaza central y se distribuían hacia el norte o hacia el sur. Unas subían hacia el pico de Tres Valles, una montaña casi siempre nevada, y otras bajaban hacia el barranco del leñador, llamado así tras la trágica muerte de Jacinto el leñador en el año 1930 cuando intentaba recuperar una oveja extraviada cerca del barranco.

En la plaza central, llamada la plaza de Pascua aunque todos la conocieran como la “explaná”, se levantaba el orgullo patrio, que no era otro que esa magnífica iglesia que resaltaba aún más por su impoluta fachada – siempre reluciente - que por la propia belleza de su arquitectura. Casi a diario, varias vecinas del pueblo limpiaban y lavaban las paredes y la gran puerta de madera del templo en homenaje a esa virgen que tanto velaba por ellos.

Bajo su reluciente campanario un antiguo reloj, con números romanos, era el encargado de dirigir la vida de los vecinos. Sus campanadas, audibles desde cualquier parte del

pueblo, eran la alarma que todos seguían para despertar, para comer, para dejar de trabajar, e incluso para ir a dormir.

Era curioso, y nadie sabía porqué, pero ningún vecino andaba por las calles de Tres Valles después de la undécima campanada nocturna, y más raro aún si alguna luz permanecía encendida después de la indicación de las doce de medianoche.

Junto a la iglesia, separados por un estrecho pasillo de no más de medio metro, estaba el ayuntamiento. Era el primer edificio que se construyó en Tres Valles con dos plantas. La primera, donde el señor alcalde trabajaba a diario, y la segunda que era donde vivía en compañía de su familia. Una gran bandera nacional ondeaba en su fachada otorgándole un cierto aire de distinción con respecto a las demás.

Esa casa era la más lujosa de Tres Valles. Era la única que tenía dos balcones y amplias ventanas, hecho que generó más de un altercado entre los vecinos, amantes de la seriedad, y sobre todo de la intimidad.

Esas ventanas amplias, casi siempre con las persianas levantadas, eran poco menos que una auténtica provocación, y al principio provocaron más de un altercado entre las gentes del pueblo que no toleraban semejante escparate, pues podía verse a la mujer del alcalde mientras cosía o arreglaba el salón de la casa... y no siempre vestida como mandaban los cánones del buen gusto.

El escándalo duró casi un año, hasta que Doña Sofía, la mujer del alcalde, una mujer culta, fuerte de carácter y difícil de doblegar, se hizo cargo de la situación poniendo a cada vecina en su sitio.

Ella era la mujer del alcalde, y además la maestra de todos los niños del pueblo, y no podía tolerar que el resto de sus vecinas la criticaran sin ninguna razón convincente. Así, tras casi un año sin hablarse con las vecinas, se reunió con ellas en el aula del colegio, y consiguió, no solo convencerlas, sino que desde ese día ninguna de sus nuevas amigas diera un paso sin consultar primero con ella.

A la derecha del ayuntamiento – siempre dentro de la plaza – estaba el viejo colegio, construido con maderas viejas y barro, con ventanas rotas por donde penetraba el frío, y con techos cuyas goteras hacían que los cubos fueran una parte más del mobiliario de clase. Era allí donde pasaban el día los dieciocho hijos del pueblo en compañía de Doña Sofía y Don Cánovas, el nuevo maestro que había mandado Delegación para ayudar a la maestra.

El colegio era una casa grande – también propiedad de la familia del señor alcalde – de una sola planta, pero con un gran patio, un despacho, una sala de castigo, y dos aulas pequeñas.

En la otra parte de la plaza, frente a la fuente de hierro donde descansaba una figura victoriosa del caudillo, estaba la carnicería, que era una casa pequeña pero de gran fachada. No tenía ventanas, y en el centro había una gran puerta – siempre abierta – con una cortina de tiras de plástico multicolor. Pasar por allí era un auténtico placer pues los olores mezclados de las morcillas, del pimentón, de las sales y las pimientas, era una auténtica delicia.

A su lado había una pequeña casa abandonada, también propiedad del alcalde, y a su lado el pequeño supermercado donde podían comprar las cosas necesarias como el pan, la fruta y alguna que otra ropa.

El único bar del pueblo se escondía en la esquina de la plaza, como si quisiera pasar desapercibido, y era una pequeña casa con una puerta más pequeña aún por la que había que agacharse antes de entrar. Se llamaba “La Saeta”, en homenaje a Don Alfredo Di Stefano, de quien también eran devotos, aparte del Cristo de la Salvación.

En el otro lado de la plaza, donde daba el sol casi a todas las horas del día, estaba la farmacia, que era, sin duda alguna, el edificio más moderno y bien construido, y a su lado el cuartel de la guardia civil.

En la plaza había solo cinco viviendas, y en ellas vivían las personas más adineradas del pueblo. Los otros tres edificios que había estaban deshabitados, y pertenecían al señor alcalde. De ellos solo quedaba la fachada pues los interiores estaban casi derruidos.

Vivir en la plaza era sinónimo de poder, y muy pocos podían acceder a él. Además, los que allí vivían ya tampoco querían tener más vecinos.

En más de una ocasión algún vecino había intentado alquilar alguna de las casas del señor alcalde, pero el Concejo Municipal siempre se había negado a ello.

Allí, y desde hacía muchos años, residían “los del horno”, que eran quienes hacían el pan y dueños del supermercado; “el arriero y la tiñosa”, dueños de varios marjales de árboles y de tierras de regadío, el boticario, el alcalde; y Don Cosme, el guardia civil de Tres Valles.

De la plaza nacían ocho calles; cuatro hacia arriba y otras cuatro hacia abajo, y todas eran igual de estrechas e igual de empinadas.

En cada calle había cinco o seis casas, todas ya de dos plantas, pintadas de un blanco immaculado y con ventanas pequeñas pero numerosas a lo largo de la fachada, para que el sol las iluminara, y de paso ahorrar en electricidad.

Los suelos de las callejuelas estaban adoquinados, y en el centro se abría una fina y larga zanja por donde el agua circulaba hasta perderse en el barranco. Las constantes lluvias hacían que el agua corriera continuamente.

A la derecha de la plaza central había una carretera de tierra y piedras por donde se salía del pueblo en dirección a la humanidad – así llamaban ellos a todo lo que no fuera su pueblo, pues el más cercano, Trevélez, estaba a más de una hora, y no por la distancia, sino por la dificultad del camino.

A la izquierda de la plaza otra calle, aunque más bien era un camino construido por el propio pisar de los vecinos y sus animales a lo largo de tantos años, les llevaba al río, donde en verano podían refrescarse y olvidar el terrible calor, y donde en invierno llevaban a los animales a beber y pastar.

A unos treinta metros del pueblo, bajando por la calle del río, estaba la casa de Ana “la deshonrá”, una mujer soltera que no mantenía relación alguna con los demás vecinos del pueblo... o eso creía la gran mayoría.